

Alberto  
Vázquez-Figueroa

ÉBANO

Una intensa novela que transcurre en África.

Sus principales personajes son un fotógrafo europeo y su esposa, una muchacha negra, deportista e idealista, que se esfuerza en llamar la atención del mundo occidental hacia su pequeño país africano. Al llegar a África, en viaje de novios, la mujer es secuestrada. A partir de aquí, el marido vive una auténtica odisea tras los pasos de los secuestradores, y la joven recorre un calvario que la llevará hasta Arabia, donde le espera un destino cruel: ser vendida a un poderoso jeque árabe...

*Esta novela, que pretende ser un homenaje a los miembros del extinto «Escuadrón Blanco», está basada en datos auténticos, dados a conocer por miembros de la «Comisión de las Naciones Unidas para la Abolición de la Esclavitud», y «La Sociedad Antiesclavista de Londres», e investigaciones llevadas a cabo por el propio autor en África Central.*

## 1

Aún faltaba una hora para el amanecer, y ya estaban en pie y en marcha, atravesando el espeso bosque tropical. Llovía en lo alto, sobre las copas de los árboles gigantes, pero de la lluvia no llegaba más que el rumor, porque el agua tardaría en atravesar el espeso techo de hojas y ramas.

Cruzaron un riachuelo, un pantano de «nipa», un segundo, y hasta un tercero, y distinguieron cerca, entre el «bíce-ro», la silueta de un elefante que se alejó aprisa en la penumbra de la primera claridad imprecisa.

Poco después la selva comenzó a ralear, y por último alcanzaron terreno libre; una amplia sabana de altas gramíneas, salpicada de acacias y arbustos leñosos de pelado tronco y alta copa.

Era aquél, el más típico de los paisajes africanos: larga llanura calentada por el sol, adormecida en los mediodías por el canto de las chicharras, y agitada por una brisa suave y seca. A medida que avanzaba por ella, se iba apoderando de David la sensación de que descubría al fin el África auténtica: la de los libros de aventuras de su infancia.

De pronto, Dóngoro se detuvo y señaló un punto frente a él, a unos doscientos metros. Forzó la vista y advirtió que algo se movía entre las altas hierbas de color trigo maduro. Le llegó claro el «crac» de dos objetos que entrechocan, y comprendió lo que ocurría casi en el mismo instante en que el espectáculo se presentó a su vista: dos impalas luchaban junto a un bosquecillo de acacias, cuyas tonalidades oscila-

ban del amarillo arena, al rojo argentado, pasando por el verde y el pardo.

Hizo un gesto a Ansok, y el indígena depositó en el suelo el pesado maletín. Dudó ante la «Hasselblad», pero se decidió por la «Nikon», más rápida y liviana. Prefería la calidad de la primera, pero temía que el sonoro chasquido de su disparador asustara a los animales.

Avanzó muy despacio, paso a paso, como si estuviera cometiendo un acto prohibido, violando la Naturaleza, y así siguió veinte metros, treinta, cuarenta, mientras los antílopes entrechocaban sus cuernos, para retroceder de inmediato a tomar nuevas fuerzas, instante que uno de ellos aprovechaba para mugir, furioso, intentando asustar a su enemigo.

Disparó su cámara una y otra vez, aproximándose al abrigo de las altas matas, hasta colocarse a menos de cincuenta metros de distancia. Se detuvo entonces a observarlos fascinado, a solas con el mundo y los dos machos que libraban la eterna lucha del amor y la muerte, como venían haciendo sus antepasados desde el comienzo de los tiempos.

Estaban allí los tres: actores y testigos; bestias, Naturaleza y hombre... y el silencio.

¡Dios!, hubiera pasado horas contemplándolos, olvidado de todo, incluso de la cámara que colgaba de su cuello, tan hipnotizado como el día que vio a una gacela corriendo por las pistas de una Villa Olímpica.

La observó boquiabierto, incapaz de reaccionar frente a la majestuosa elegancia de aquel cuerpo increíble que parecía volar sobre el tartán, como si lo que para otras significaba un esfuerzo supremo, no fuera para ella más que un juego infantil.

—Tendrás que correr para mí otra vez —le pidió; no pude hacer ni una sola foto...

—Lo siento..., terminó mi entrenamiento...

—Saldrás en *Paris-Match*... En *Stern*... En *Tempo*...

—Si gano el viernes, saldré... Si no, no...

Alzó la cámara, y de improviso se detuvieron al unísono, como si el ligero cambio de la brisa les hubiera llevado el olor a hombre.

Le miraron y se dirían uno reflejo del otro: la cornamenta en alto, las miradas atentas, las orejas alertas, los hocicos venteando... Eran dos hermosos machos, y la hembra por la que luchaban debería sentirse orgullosa.

Por unos instantes permanecieron con los ojos fijos en él, pero, al fin, como si comprendieran que ningún peligro les amenazaba, se apartaron lentamente, sin miedo, decididos a continuar su lucha más allá, a la sombra, y sin testigos.

Tenían el mismo andar, grácil, erguido y liviano con que ella se alejó, sin volverse, por el largo pasillo que conducía a los vestuarios.

—¡Eh!, espera... ¿Cómo te llamas?...

Sonrió en la penumbra.

—Nadia... —respondió suavemente.

Y desapareció.

Regresó junto a los indígenas, que se habían sentado a la sombra de un viejo baobab.

Sarmentoso y triste, el árbol podría tener quizá tres mil años como aseguraban los nativos, pero más parecía por su ancho tronco y ridícula copa, una enorme seta, que un pariente del roble, la ceiba o el sicómoro. Paquidermo vegetal, esponjoso y rezumante de agua, no ofrecía más sombra que una columna que se alzara en el centro de la estepa.

—Eres inestable e inseguro como la sombra del baobab —le había dicho ella cierto día. Y tuvo que ir hasta una pradera del Camerún, para comprender aquella frase.

Tomó asiento junto Dóngoro, que le ofreció pan, agua y queso de cabra «bamilenké». Como la mayoría de los «fulbé» y los «haussas», Dóngoro despreciaba a los «bamilenkés», pero adoraba sus grandes y apestosos quesos.

Ni él, ni Ansok, habían prestado la menor atención al hermoso espectáculo de la lucha entre los machos. Para ellos —cazadores furtivos— el único animal bello era el animal muerto. Los antílopes no representaban más que piel y cuernos; los elefantes, marfil; los búfalos, cuero y testuz. La piel de uno de los machos podía valer diez dólares en Douala, Yaundé o Fort-Lamy, y si no los mataban era porque él, David, lo había prohibido.

Se les advertía inquietos al ver alejarse impunemente veinte dólares y dos hermosos pares de cuernos, pero no podía culparles. Veinte dólares constituían una pequeña fortuna para ellos, y no inventaron el matar por matar.

Hasta la llegada del hombre blanco al Continente, los africanos no cazaron más que lo justo para vestirse y alimentarse, dejando que las grandes manadas cubrieran la pradera sin que jamás el ser humano soñara con aniquilarlas. Fue necesaria la bárbara costumbre blanca de la caza por diversión, para que el indígena descubriera, con asombro, que las bestias tenían un nuevo valor como «trofeo». En su sencilla mentalidad, no cabía la idea de que matar a un animal indefenso fuera algo digno de admiración, y tan sólo las fieras abatidas cara a cara y con peligro de la vida merecían que su piel fuera colgada de una pared.

Pero ahora, por culpa del afán exhibicionista de los blancos, medio centenar de especies autóctonas habían desaparecido de la faz de África, y otras tantas corrían serio peligro de extinción.

—Ya que quieres pasar tu luna de miel en África, trae unas buenas fotos. En octubre publicaremos un número especial sobre animales.

Era un buen tipo el redactor-jefe, y el que más había contribuido a que David abandonara el campo de la fotografía publicitaria y se quedara definitivamente en la revista.

Y allí se encontraba ahora, a la sombra de un baobab, desayunando queso de cabra en compañía de los furtivos,

confiando en encontrar pronto un elefante de buenos colmillos.

Pasado el mediodía alcanzaron una quebrada por cuyo fondo corría un riachuelo que debía servir de abrevadero a todas las bestias de los alrededores. Siguiéndolo por largo rato, acabaron por descubrir, junto a la charca que formaba en un remanso, huellas como enormes bandejas de más de cuarenta centímetros de diámetro, claras, profundas y frescas.

—Aquí se bañó esta mañana —señaló Ansok—, anduvo sacando barro del fondo, y el agua aún está revuelta.

Dóngoro descubrió en lo alto de la quebrada un mojón de excrementos, y sin dudarlo, introdujo en él la mano, comprobando su temperatura.

—No nos lleva más de una hora —dijo, e inició la marcha en pos de la ancha pista, a través de una pradera que se iba llenando más y más de vida, aunque el calor obligaba ahora a los animales a buscar sombra.

Era la hora de la siesta. Si las bestias dormían o no, no podría decirse, pero lo cierto es que permanecían inmóviles como estatuas de piedra, y a menudo, distintas especies se agrupaban huyendo del sol, cabeza con cabeza, y grupa con grupa.

Menudeaban las cebras y los antílopes, y cerca dormitaban los «ñus», que, pese al sueño, no cesaban de agitar las colas ni un instante, mientras sobre los arbustos destacaban, a veces, las cortas orejas y el afilado morro de las jirafas.

África estaba quieta y los hombres eran lo único que se movía en la sabana.

Un zumbido de chicharras parecía calentar aún más el ambiente, y de tanto en tanto, el rumor de millones de insectos que cantaban, subía de tono en oleadas, hasta alcanzar un límite casi insoportable que crispaba los nervios, para desaparecer de pronto bruscamente, como si el mar se retirase.

—El ruido de la muerte le llaman —indicó Ansok—, y dicen que hay quien se ha vuelto loco de escucharlo...

Un nuevo montón de excrementos marcó el tiempo que el animal les llevaba. Tal vez, si se había detenido a comer algo, ya estarían muy cerca. Dóngoro apretó el paso y la marcha se volvió endemoniada.

Se le advertía nervioso.

—Podríamos matarlo —dijo; usted se quedaría las defensas, y nosotros las patas y la carne.

—No he venido a matar animales, sino a fotografiarlos —repitió una vez más—, y no tengo licencia de caza...

—¡Oh!, eso no importa... Eso no importa... Aquí nadie va a venir a pedírsela...

Agitó la cabeza con pesar:

—De ese modo, pronto acabarán con todos los elefantes de África...

—Ya no hay sitio para ellos... —comentó Ansok, que marchaba a su espalda—. Los elefantes no pueden convivir con el progreso... ¿Tiene idea de cuánto consume un elefante?... Cuando invade una plantación acaba con quinientos kilos de maíz en una noche. ¡Quinientos kilos! La comida de todo el pueblo durante una semana...

—Pero muy pocos atacan las plantaciones —protestó—. Cuando una cabra se mete en una casa y se come un fajo de billetes, nadie piensa en matar todas las cabras...

—Usted no lo entiende —insistió el indígena—. África no quiere continuar siendo tierra de elefantes y leones... Si tanto les gustan, llévenselos a casa... Los blancos protestan porque los destruimos, pero nadie ofrece sus campos de trigo para que vivan en ellos...

No respondió; sabía que todas las discusiones con un nativo respecto al futuro de la nueva África concluían en punto muerto. Simuló concentrar su atención en una barrera de pequeños montículos de unos cinco metros de altura que había hecho su aparición ante ellos, gigantescas termi-

teras que en aquel lugar abundaban en exceso, sin que existiese, aparentemente, causa alguna que lo justificara.

Tuvieron que rodearlas en un continuo zigzag, y advirtió que, en muchos puntos, las patas del elefante las habían aplastado, y podía verse a las termitas-obreras luchando afanosamente por remediar el mal, e impedir que el duro sol del trópico afectara la suave y fresca oscuridad de sus cien mil pasadizos.

Al salir de las termiteras se toparon, a no más de veinte metros, con una gran manada de antílopes que se alejaron a saltos, en el más hermoso espectáculo que hubiera visto nunca.

Súbitamente las huellas del elefante giraron hacia el Norte y se adentraron en una suave colina de gramíneas.

Dóngoro señaló a la cumbre:

—Está detrás —afirmó—, y tenga cuidado, porque debe ser un buen macho con más de cincuenta kilos en los colmillos... —Golpeó suavemente la culata de su «Mannlicher 475»—. ¿No quiere que le acompañe? —se extrañó.

David negó con un gesto mientras se inclinaba a hurgar entre las cámaras. Colocó el 500, se echó al bolsillo un par de rollos de repuesto, cargó otra «Nikon» con película más lenta y un 100, e inició la ascensión mientras los indígenas buscaban una vez más acomodo a la sombra.

Desde la cumbre se volvió a observar la llanura a sus espaldas.

—Le hubiera gustado ver esto —se dijo—. Ha sido una larga caminata, pero valía la pena...

Al otro lado, el paisaje era casi idéntico, pero no tuvo tiempo de contemplarlo, porque al instante distinguió a su derecha la mole del elefante, que parecía estar afilándose los colmillos en un tronco leñoso.

El animal debió presentirle, o tal vez fue su olor que le llegó cabalgando en el aire, porque de inmediato cesó en su tarea, alzó la trompa y se volvió a mirarle mientras abanicaba sus enormes orejas.

No estaba asustado, ni aun preocupado, pese a que no más de sesenta metros le separaban del intruso. Tal vez fuera curiosidad lo que sentía, o tal vez una ligera irritación al verse molestado. Avanzó unos metros amenazador y ofensivo, y lanzó un barrito que retumbó en el valle a sus espaldas, pero se detuvo sin más que el amago de ataque, quizá sorprendido por el simple «click» metálico de la cámara.

Continuó barritando y sacudiendo las orejas mientras el motor eléctrico de la «Nikon» funcionaba una y otra vez, y David se felicitaba por la magnífica colaboración que estaba obteniendo del gran macho...

Cuando se cansó de apretar el disparador, lo miró de frente, sonriendo:

—Ya está bien, «Valentino»... Acabó tu trabajo por hoy... Puedes irte...

Aguardó hasta que el paquidermo se alejó, pesado, ondulante, y bamboleando su ridícula cola al compás de su descomunal trasero, y luego se volvió a contemplar nuevamente la llanura. Agitó la mano indicando a los indígenas que era hora de emprender el regreso, y comenzó a saltar alegremente, colina abajo.

—Ahora, una larga caminata, un buen baño, dos tragos, una rica cena y...

¡Cielos!, África era el mejor lugar del mundo para pasar la luna de miel...

Tenía razón Ansok, y había leones cerca.

Los oyeron rugir en la espesura, y más adelante una gran melena cruzó como una sombra el senderillo, haciendo que Dóngoro llegara incluso a preparar su arma.

—No me gustan los leones —comentó—. No cuando andan tan cerca de la gente. Hace un mes devoraron a una mujer en la laguna...

—Malo es el león que se acostumbra a comer carne humana —murmuró Ansok—. Le gusta, y la encuentra fácil.

David no respondió. Por unos instantes, una sombra de preocupación cruzó su mente, pero la desechó ante la certeza de que Nadia jamás se alejaba hasta la laguna sin un arma.

El bosque apareció ante ellos y se adentraron en su espesura maldiciendo de antemano la larga caminata a través de riachuelos y pantanos; abriéndose paso por entre lianas y enredaderas; saltando una y otra vez sobre troncos caídos o charcos putrefactos.

Dóngoro y Ansok habían cambiado de expresión, y parecían malhumorados. David comprendió que a ninguno de ellos —como a la mayoría de los indígenas africanos— les gustaba la selva. Aun viviendo en ella, los nativos aborrecían adentrarse en la espesura, lejos de los caminos que resultaban familiares, y raramente se apartaban de sus poblados y sus campos de cultivo.

Cazaban en el bosque y pescaban en sus ríos, pero siempre dentro de los estrechos límites de un territorio concreto, pues en su primitivismo, seguían creyendo que más allá, en la espesura, habitaban los espíritus malignos y los «hombres-leopardo».

Sembraban los senderos de peligrosas trampas en las que hacían caer a venados y jabalíes, pero raramente se enfrentaban, entre los árboles, con los grandes animales. La lanza y el arco parecían hechos para la pradera, y si en ella no temían a nadie, en la selva les aterrorizaba el rugido del león, y les ponía a temblar la huella del leopardo.

Los gorilas, tan abundantes más al Sur, en la frontera con Guinea, constituían su pesadilla, y no había nada que temieran más que la posibilidad de desembocar, de improviso, en el claro que una familia de ellos hubiera escogido para pasar la noche.

Pacíficos y tolerantes, los gorilas no soportaban sin embargo intromisiones, y por ello, pocos nativos se atrevían a

adentrarse en el bosque muy de mañana, antes de que los grandes monos se hubieran puesto en marcha.

Pero la selva aparecía en calma esa tarde. A ratos, un rumor de lluvia repiqueteaba en las copas de los más altos árboles, pero pronto le sucedía el grito de los monos, el canto de infinitas aves, y el pesado vuelo de enormes faisanes que surgían casi de sus mismos pies.

De tanto en tanto, una culebra cruzaba el sendero, salpicado de huellas de animales, y a menudo, la alta selva de copudos árboles, luz glauca, y suelo llano, daba paso al torturante «bícoro», selva primaria de matojos, espinos y caña brava; viejos campos de cultivo en los que el bosque había sido talado y quemado, para abandonarlo más tarde a la maleza baja y densa.

A la salida de una de esas zonas de «bícoro», Dóngoro, que iba delante, se detuvo sorprendido, y señaló el diminuto caminillo:

—Gente —dijo—. Gente extraña.

—¿Por qué extraña?

—Botas grandes, pesadas... Inglesas o nigerianas... Otros van descalzos. Llevan prisa y van hacia el Nordeste. Hacia el Chad...

—¿Cazadores furtivos? —aventuró.

Ansok y Dóngoro se observaron. Movieron la cabeza al tiempo que se encogían de hombros.

—Puede ser... —admitió Ansok—. Puede ser...

Reanudaron la marcha, que fue ganando velocidad hasta hacerse agotadora, sin que David supiera si atribuirlo a las huellas, o a que comenzaba a caer la noche y sus compañeros no parecían felices con la posibilidad de perderse y dormir en el bosque en compañía de sombras y diablos.

Tampoco él tenía interés en dormir bajo un árbol, sabiendo que al término del camino, más allá del bosque y del río, aguardaba una carretera polvorienta y, al final, una «roulotte» con aire acondicionado, luz eléctrica, cerveza helada, una pierna de venado al horno y una cama ancha y

mullida, cuyos resortes amortiguaban de tal forma los saltos, que ni en la más agitadas noches se advertía desde fuera lo que pudiera ocurrir dentro.

Había hecho hincapié al comprarla:

—No quiero que los transeúntes se enteren de que estamos haciendo el amor.

—Descuide, señor, descuide... Podemos hacerle una demostración práctica... ¡Señorita...!

—¡Hombre, yo...!

—¡Oh! No tema... Es, tan sólo, para que salte dentro...

Es verdad que no había en toda África «roulotte» parecida, y de Abidján a Accra; de Lomé a Cotonou; de Lagos a Douala, había soportado caminos polvorientos, lluvias tropicales, calores bochornosos, fango y piedras, sin más que un par de rayones en su hermosa pintura amarilla, y algún que otro neumático reventado.

Y allí estaba ahora, donde concluía la carretera polvorienta, bajo la copuda ceiba, junto al poblado indígena cuyas chozas abrían su puerta trasera al bosque, y la delantera, a la gran plaza y la sabana.

Apresuraron el paso, pero al verlos de lejos, un grupo de mujeres corrió a su encuentro. Daban grandes gritos y agitaban los brazos.

No entendía su sonoro dialecto y tuvo que aguardar la traducción de Ansok. Su oscuro rostro pareció transformarse.

—La señora ha desaparecido... —dijo—. Bajó a bañarse a la laguna, y aún no ha vuelto...

Sintió que todo giraba a su alrededor, y tuvo que apoyarse en Dóngoro. Tardó en reaccionar.

—¡No es posible! —negó con firmeza—. No es posible... ¿A qué hora se fue?

—A mediodía... Los hombres del pueblo están buscándola...

—¡Dios santo!

Echó a correr hacia la «roulotte», alimentando la esperanza de encontrarla en ella, negándose a admitir lo que decían.

—¡Nadia! ¡Nadia...!

Pero Nadia no estaba.

Se dejó caer en la cama, y el lugar se llenó de mujeres y niños que curioseaban cada rincón, hacían correr el agua de la ducha o revolvían la pequeña despensa.

Los vio hacer, incapaz de comprender cuanto ocurría a su alrededor. Trataba de concentrarse en algo, no sabía qué, pero el constante parloteo le aturdió, y reaccionó cuando vio a una gorda, sucia y sudorosa, intentando probarse una blusa de Nadia, como si esperase heredarla de alguien que no regresaría nunca.

Se la arrancó de las manos y arrojó fuera a la turba vociferante y harapienta, empujando a la gorda que se había atascado en la pequeña puerta y cerró tras ella.

Por unos instantes tuvo que apoyar la frente en la pared y esforzarse por evitar el llanto. Luego, tomó un pesado revólver del armario, se lo introdujo bajo el cinturón y salió a la noche.

Dóngoro y Ansok aguardaban junto a la puerta. Llevaban linternas y estaban armados: el primero con su pesado «Mannlicher», el segundo, con una vieja escopeta de dos cañones.

Emprendieron en silencio el camino hacia la laguna, pero apenas habían recorrido quinientos metros, cuando una sombra que venía en dirección contraria les detuvo.

—No vayan —dijo el hombre de la larga lanza—. Ya es inútil.

David hubiese querido que aquellas palabras nunca salieran de su boca:

—¿El león? —inquirió con un hilo de voz.

El guerrero negó con un gesto. A la incierta luz de la linterna, su rostro resultaba inescrutable, pero David creyó ad-